



cia contra los moros que moraban descuidados á las riberas del rio Ebro, y sabia eran ricos de mucho ganado que robáran á los cristianos. Tocaba esta conquista, y pertenecia, más propiamente, á los reyes de Navarra y Aragon; mas la guerra que entre sí se hacian muy brava, no les daba lugar á cuidar de otra cosa alguna. D. Ramiro acrecentó por este tiempo su reino con los estados de Sobrarbe y Ribagorza, en que sucedió por muerte de su hermano don Gonzalo. Algunos, por escrituras antiguas, que para ello citan, pretenden que D. Gonzalo falleció en vida de su padre, otros que uno llamado Ramoneto, de Gascuña, en una zalagarda que le armó junto á la puente de Montclus, le dió la muerte volviendo de caza: lo cierto es que enterraron su cuerpo en la iglesia de San Victorian.

El rey D. Ramiro, aumentado que hobo por esta manera su reino, daba guerra á los navarros, que le tenian usurpado parte de su reino de Aragon. No se les igualaba en las fuerzas ni en el número de la gente por ser estrecho su estado; pero demas de ser por sí mismo muy diestro en las armas y de mucho valor, tenia socorros de Francia que le acudian por estar casado con Gisberga, ó como otros la llaman, Hermesenda, hija de Bernardo Rogerio, conde de Bigerra, y de su mujer Garsenda. En ella tuvo á D. Ramiro, á D. Sancho, á D. Garcia y á doña Sancha, que casó con el conde de Tolosa, y á doña Teresa, que fué mujer de Beltran, conde de la Proenza. Fuera de matrimonio tuvo asimismo otro hijo por nombre D. Sancho, á quien hizo donacion de Aybar, Javier, Latres y Ribagorza, con título de conde: no dejó sucesion, y así volvió este estado á la corona de los reyes de Aragon. Las armas de D. Ramiro fueron una cruz de plata en campo azul, que adelante mudaron sus descendientes, y las trocaron, como se apuntará en su lugar.

Volvamos al rey D. Fernando, que con intento de hacer guerra á los moros ya dichos, y revolver contra los del reino de Toledo, que con cabalgadas ordinarias hacian mucho daño en tierra de cristianos, tomadas las armas sujetó á Santistéban de Gormaz, Vadoregio, Aguilar, Valeránica, que al presente se dice

Berlanga. Pasó adelante, puso á fuego y á sangre el territorio de Tarazona, corrió toda la tierra hasta Medinaceli, en que abatió todas las atalayas, que habia muchas en España, y dellas hacian los moros señas con ahumadas para que los suyos se aperciesen contra los cristianos. Desde allí, pasados los puertos, frontera á la sazón entre moros y cristianos, revolvió sobre el reino de Toledo. Taló los campos de Talamanca y Uceda: lo mismo hizo en los de Guadajara y Alcafá, que estan puestas á la ribera del rio Henares, sin parar hasta dar vista á Madrid.

El rey Almenon de Toledo, movido por estos daños, y con recelo de que serian mayores adelante, compró á costa de gran cantidad de oro y plata que ofreció, las paces y amistad que puso con el rey D. Fernando. Lo mismo hicieron los reyes de Zaragoza, Portugal y Sevilla, demas que prometieron acudirle con párias cada un año. Lo cual todo no ménos honra acarrea á los cristianos y reputacion, que mengua á los moros, que de tanto poder y pujanza como poco ántes tenian, se veian de repente tan flacos y abatidos, que ni sus fuerzas les prestaban, ni las de África, que tan cerca les caia, y eran forzados á guardar las leyes de los que ántes tenian por súbditos y los mandaban. Mudanza que no se debe tanto atribuir á la prudencia y fuerzas humanas, cuanto al favor de Dios, que quiso ayudar y dar la mano á la cristiandad, que muy abatida estaba. Mayormente quiso gratificar la grande devocion que en toda la gente se via, así grandes como menores, con que todos movidos del ejemplo de su rey se ejercitaban en todo género de virtudes y obras de piedad. Tal era la virtud y vida de los cristianos, que muchos de su voluntad se les aficionaban, y dejada la secta de Mahoma, se bautizaban y se hacian cristianos: otros, si bien eran moros, estimaban en tanto los cuerpos de los santos que tenian en su tierra, por ver que los cristianos los honraban, y estar persuadidos que su ayuda para todo era de grande importancia, que ningun oro ni plata, ni joyas preciosas, tenian en tanto, segun que por el capítulo siguiente se entenderá.

### CAPÍTULO XXXIII

#### Como trasladaron los huesos de S. Isidoro de Sevilla á Leon.

En la ciudad de Leon tenian una iglesia muy principal, sepultura de los reyes antiguos de aquel reino, su advocacion de San Juan Baptista. Estaba maltratada; que las guerras, y cuando éstas faltan, el tiempo y la antigüedad todo lo gastan. La reina doña Sancha era una muy devota señora: persuadió al rey su marido la reparase, y para más ennoblecilla la escogiese para su sepultura y de sus descendientes; que ántes tenia pensado de enterrarse en el monasterio de Sahagun. El rey, que no era ménos pio y devoto que la reina, y más aina la excedia en fervor, fácilmente otorgó con su voluntad. Para dar principio á lo que tenia acordado, ya que el edificio iba muy alto, hicieron traer de Oviédo, dondè yacian, los huesos del rey D. Sancho de Navarra, padre del rey; y para aumentar la devocion del pueblo, trataron de juntar en aquel templo diversas reliquias de santos, de los muchos que en España se hallaban, en especial en Sevilla, ciudad la más principal del Andalucía, que si bien estaba en poder de los moros, todavia se conservaban en ella muchos cuerpos de los santos que antiguamente murieron en aquella ciudad. Era cosa dificultosa alcanzar lo que pretendian. Acordó el rey valerse de las armas, y hacer guerra á Benabet, rey de Sevilla. Parecióle que

por este camino saldria con su pretension. Corrióle la tierra: muchos pueblos de la Andalucía y de la Lusitania que eran deste principe, á unos taló los campos, otros tomó por fuerza ó de grado.

El rey moro, acosado destos daños tan graves, deseaba tomar asiento con los cristianos. Ofrecia cantidad de oro y plata de presente, y para adelante, acudir cada un año con ciertas párias. El rey D. Fernando aceptó aquellos partidos, y la amistad del moro, á tal empero que sin dilacion le enviase el cuerpo de Santa Justa, que fué la ocasion de emprender aquella guerra. Otorgó fácilmente el moro con lo que se le pedia. Hicieron sus juras y homenajes de cumplir lo que ponian, con que se alzó mano de las armas. Para traer el santo cuerpo despachó el rey al obispo de Leon, Alvito, y al de Astorga, por nombre Ordoño, y en su compañía, por sus embajadores, al conde D. Nuño. D. Fernando y D. Gonzalo, personas principales de su reino: dióles otrosí para su seguridad soldados y gente de guarda. Los ciudadanos de Sevilla, avisados de lo que se pretendia, sea movidos de sí mismos, por entender cuánto importan á los pueblos la asistencia y ayuda de los santos, por medio de sus santas reliquias, ó lo que más creo, á persuasion de los cristianos



que en Sevilla moraban, se pusieron en armas resueltos de no permitir les llevasen de su ciudad aquellos huesos sagrados. Los embajadores se hallaban confusos sin saber qué partido tomaran. Por una parte, les parecía peligroso apretar al rey moro; por otra, tenían que sería mengua suya y de la cristiandad, si volviesen sin la santa reliquia.

Acudióles Nuestro Señor en este aprieto; San Isidoro, arzobispo que fué de aquella ciudad, apareció en sueños al obispo Alvito, principal de aquella embajada, y con rostro ledo y semblante de gran majestad le amonestó llevase su cuerpo á la ciudad de Leon á trueco del de Santa Justa que ellos pretendían. Avisóle el lugar en que le hallaría, con señas ciertas que le dió; y que en confirmacion de aquella vision, y para certificarlos de la voluntad de Dios, él mismo dentro de pocos dias pasaria desta vida mortal. Cumplióse puntualmente lo uno y lo otro con grande admiracion de todos. Hallóse el cuerpo de San Isidoro en Sevilla la vieja, segun que el santo lo avisara, y el obispo Alvito enfermó luego de una dolencia mortal, que sin poderle socorrer médicos ni medicinas le acabó al seteno. Despidiéronse con tanto los demas embajadores del rey moro. Llevaron el cuerpo de San Isidoro y el del obispo Alvito con el acompañamiento y majestad que era razon. El rey D. Fernando, avisado de todo lo que pasaba, como llegaban cerca, acompañado de sus hijos salió hasta el rio Duero con mucha devocion á recibir y festejar la santa reliquia. Salió asimismo todo el pueblo y el clero en procesion, grandes y pequeños, con mucho gozo, aplauso y alegría. Fué tanta la devocion del rey, que él mismo y sus hijos á piés descalzos tomaron las andas sobre sus hombros, y las llevaron hasta entrar en la iglesia de San Juan de Leon.

En Sevilla, ántes que saliese el cuerpo y por todo el camino, hizo Dios para honrarle muchos milagros: los ciegos cobraron la vista, los sordos el oido y los cojos y contrechos se soltaron para andar; ¡maravilloso Dios y grande en sus Santos! El cuerpo del obispo Alvito sepultaron en la iglesia Mayor de aquella ciudad: el de San Isidoro fué colocado en la de San Juan en

un sepulcro muy costoso y de obra muy prima, que para este efecto le tenían aparejado y presto; que fué ocasion de que aquella iglesia, que de tiempo antiguo tenía advocacion de San Juan Bautista, en adelante se llamase como hoy se llama de San Isidoro. Refieren otrosí, que el jumento que traía la caja de San Isidoro, sin que nadie le guiase tomó el camino el camino de aquella iglesia del señor San Juan, y el en que venia el cuerpo del obispo se enderezó á la iglesia Mayor; que si es verdad, fué otro nuevo y mayor milagro. Bien veo que esto no concuerda del todo con lo que queda dicho, y que cosas semejantes se toman en diversas maneras; pero, pues no referimos cosas nuevas sino lo que otros testifican, quedará á su cuenta el abonallas y hacer fe dellas, en especial de D. Lucas de Tuy, que compuso un libro de todo esto bien grande, y de los milagros que Dios obró por virtud deste santo, muchos y notables. Nuestro oficio no es poner en disputa lo que los antiguos afirmaron, sino relatallo con entera verdad. Por el mismo tiempo, como lo escribe D. Pelayo, obispo de Oviedo, trasladaron de la ciudad de Ávila los cuerpos de los santos Vicente, Sabina y Cristeta, sus hermanos. El de San Vicente fué llevado á Leon, el de Santa Sabina á Palencia, el de Santa Cristeta al monasterio de San Pedro de Arlanza.

En Coyanza, que al presente se llama Valencia, en tierra de Oviedo, se celebró un concilio en presencia deste rey D. Fernando y de la reina su mujer. En él se juntaron los grandes del reino y nueve obispos, que fué el año del Señor de mil y cincuenta. En los decretos deste concilio se mandó al pueblo que asistiese á las horas canónicas que se cantan en la iglesia de dia y de noche, y que todos los viérnes del año se ayunase de la manera que en otros tiempos y dias de ayuno que obligan por discurso del año. Por este tiempo asimismo dos hijas de dos reyes moros se tornaron cristianas y se bautizaron: la una fué Casilda, hija de Almenon, rey de Toledo; la otra Zayda, hija del rey Benabet de Sevilla. La ocasion de hacerse cristianas fué desta manera: Casilda era muy piadosa y compasiva de los cautivos cristianos que tenían aherrojados en casa de su padre, de



su gran necesidad y miseria, acudiales secretamente con el regalo y sustento que podia. Su padre, avisado de lo que pasaba y mal enojado por el caso, acechó á su hija. Encontróla una vez que llevaba la comida para aquellos pobres: alterado preguntóla lo que llevaba, respondió ella que rosas, y abierta la falda las mostró á su padre, por haberse en ellas convertido la vianda.

Este milagro tan claro fué ocasion que la doncella se quisiese tornar cristiana; que desta manera suele Dios pagar las obras de piedad que con los pobres se hacen, y fruto de la misericordia suele ser el conocimiento de la verdad. Padecía esta doncella flujo de sangre: avisáronla (fuese por revelacion ó de otra manera) que si queria sanar de aquella dolencia tan grande, se bañase en el lago de San Vicente, que está en tierra de Briviesca. Su padre, que era amigo de los cristianos, por el deseo que tenía de ver sana á su hija, la envió al rey D. Fernando para que la hiciese curar. Cobró ella en breve la salud con bañarse en aquel lago: despues recibió el bautismo, segun que lo tenía pensado, y en reconocimiento de tales mercedes, olvidada de su patria en una ermita que hizo edificar junto al lago, pasó muchos años santamente. En vida y en muerte fué esclarecida con milagros que Dios obró por su intercesion: la Iglesia la pone en el número de los santos que reinan con Cristo en el cielo, y en muchas iglesias de España se le hace fiesta á 15 de Abril.

La Zaida, quier fuese por el ejemplo de Santa Casilda, ó por otra ocasion, se movió á hacerse cristiana, en especial que en sueños le apareció San Isidoro, y con dulces y amorosas palabras la persuadió pusiese en ejecucion con brevedad aquel santo propósito. Dió ella parte deste negocio al rey su padre; él estaba perplejo, sin saber qué partido debía tomar. Por una parte, no podia resistir á los ruegos de su hija, por otra temia la indignacion de los suyos, si le daba licencia para que se bautizase. Acordó finalmente comunicar el negocio con don Alonso, hijo del rey D. Fernando; concertaron que con muestra de dar guerra á los moros hiciese con golpe de gente entrada en tierra de Sevilla, y con esto cautivase á la Zaida, que estaria de propósito puesta en cierto pueblo que para este efecto señalaron. Sucedió todo como lo tenían trazado; que los moros no entendieron la traza, y la Zaida, llevada á Leon, fué instruida en las cosas que pertenece saber á un buen cristiano. Bautizada, se llamó doña Isabel, si bien el arzobispo D. Rodrigo dice que se llamó doña María. Los más testifican que esta señora adelante casó con el mismo don Alonso, en sazón que era ya rey de Castilla, como se apuntará en otro lugar. D. Pelayo el de Oviedo dice que no fué su mujer, sino su amiga. La verdad, ¿quién la podrá averiguar, ni quién resolver las muchas dificultades que en esta historia se ofrecen á cada paso? Lo que consta es que esta conversion de Zaida sucedió algunos años adelante.



ma Atapuerca. Asentaron sus reales y barrearóse según el tiempo les daba; ordenaron tras esto sus haces en guisa de pelear. Las condiciones de estos dos hermanos eran muy diferentes: la de D. Fernando blanda, afable, cortés, además que en las armas y destreza del pelear ninguno se le igualaba.

D. García era hombre feroz, arrebatado; hablador, por la cual causa los soldados estaban con él desabridos; y porque á muchos de sus reinos con achaques ya verdaderos, ya falsos, tenía despojados de sus haciendas, suplicáronle al tiempo que se quería dar la batalla, mandase satisfacer á los agraviados. No quiso dar oídos á tan justa demanda; parecíale fuera de sazón, y que tomaban aquel torcedor y ocasión para salir con lo que deseaban. Muchos temían no le empeciese aquella aspereza y el desabrimiento de los suyos, y se recelaban no quisiese Dios castigar aquellas sus arrogancias y injusticias.

En especial, un hombre noble y principal (cuyo nombre no se sabe, mas en el hecho todos conuerdan), viejo, anciano, prudente, y que tenía cabida con aquel príncipe porque fué su ayo en su niñez, visto el grande riesgo que corría, movió tratos de paz con deseo que no se diese la batalla. D. Fernando se mostraba fácil y venía bien en ello; acudió á D. García, púsole delante los varios sucesos de la guerra y el riesgo á que se ponía; suplicóle se concertase con su hermano, y le perdonase los hierros pasados, pues no hay persona que no falte y peque en algo; que se moviese por el bien común; que no era justo vengar su particular sentimiento con daño de toda la cristiandad, y á costa de aquellos que en nada le habían errado; ofrecíale de parte de su hermano le haría la satisfacción que los jueces señalados por las partes en esta diferencia mandasen; que aunque como hermano menor era el primero que movía tratos de paz, pero que se guardase de pasalle por el pensamiento lo hacia por cobardía ó falta de ánimo; que le certificaba le sería muy dañosa aquella imaginación, pues como él sabía tenía D. Fernando escogidos y diestros soldados en su campo; sólo con esta embajada quería justificar su causa con todo el mundo,

vencer en modestia, y que todos entendiesen eran muy fuera de su voluntad las muertes, destrucción y pérdidas que se aparejaban. Con estas buenas razones se juntaron los ruegos y lágrimas del ayo. No se movió D. García; sus pecados le llevaban á la muerte; ni la privanza del que le rogaba, ni su autoridad, ni el peligro presente, fueron parte para ablandarle. Dióse, pues, de ambas partes la señal para la batalla; encontráronse los dos ejércitos con gran furia. El ayo de D. García, vista la flaqueza de los soldados de su parte, cuán pocos eran, cuán desabridos, sin esperanza de victoria, por no ver la perdición de su patria con sola su espada y lanza, se metió entre los enemigos do era la mayor carga, y así murió como bueno. Los demas no pudieron sufrir el ímpetu que traía don Fernando; la turbación y el miedo grande, y la sospecha de aquel gran daño trabajaba á los navarros; dos soldados que poco antes se habían pasado al ejército contrario, hendiendo y pasando por el escuadrón de su guarda con mucha violencia, llegaron hasta D. García y le mataron á lanzadas; caido el rey, todos los suyos huyeron.

El rey D. Fernando, alegre con la victoria, y por otra parte triste por la muerte de su hermano, mandó á los soldados que reparasen, no diesen la muerte á los cristianos que quedaban. Hízose así; sólo en el alcance á los moros que iban desbaratados y huyendo por los campos, unos mataron, otros cautivaron.

El cuerpo de D. García, con voluntad del vencedor, llevaron sus soldados á Nájara, y allí le enterraron en la iglesia de Santa María, que él mismo había levantado desde sus cimientos. De doña Estefanía, su mujer, francesa de nación, con quien casó en vida de su padre, dejó cuatro hijos y otras tantas hijas, que fueron: D. Sancho, el mayorazgo, que le sucedió en la corona, y D. Ramiro, á quien había dado el señorío de Calahorra, como ganado de los moros por las armas; los demas hijos se llamaron D. Fernando y D. Ramon; las hijas Ermesenda, Jimena, Mayor y doña Urraca. Ésta casó con el conde D. García, de quien se tratará despues.

Con la muerte de D. García su estado fué

## CAPÍTULO XXXIV

### Cómo D. García, rey de Navarra, fué muerto.

El mismo año que el rey D. Fernando hizo trasladar á Leon el cuerpo de San Isidoro, que fué el de mil y cincuenta y tres, D. García, rey de Navarra, murió en la guerra. Fué hombre de ánimo feroz, diestro en las armas, y no sólo era capitán prudente, sino soldado valeroso. Los principios de discordias entre los hermanos, que los años pasados se comenzaron, en este tiempo vinieron de todo punto á madurarse (como suele acontecer), en grave daño de D. García. D. Fernando decía que era suya la comarca de Briviesca y parte de la Rioja, por antiguas escrituras que así lo declaraban. Al contrario, se quejaba D. García haber recibido notable agravio y injuria en la división del reino, y en aquel particular defendía su derecho con el uso y nueva costumbre y testamento de su padre. La demasiada codicia de mandar despeñaba estos hermanos, por pensar cada uno que era poca cosa lo que tenía para la grandeza del reino que deseaba en su imaginación. Esta es una gran miseria que mucho agua la felicidad humana.

Enfermó D. García en Nájara, visitóle don Fernando su hermano como la razón lo pedia: quisole prender hasta tanto que le satisficiese en aquella su demanda. Entendió la zalagarda

D. Fernando, huyó, y púsose en cobro. Mostró D. García mucha pesadumbre de aquella mala sospecha que dél se tuvo: procuraba remediar el odio y malquerencia que por aquella causa resultó, contra él. Supo que su hermano estaba doliente en Búrgos, fué para allá en son de visitalle y pagalle la visita pasada. No se aplacó el rey D. Fernando con aquella cortesía y máscara de amistad. Echó mano de su hermano, y preso, le envió con buena guarda al castillo de Ceya. Sobornó él las guardas que le tenía puestas, y huyóse á Navarra, resuelto de vengar por las armas aquella injuria y agravio. Juntó la gente de su reino, llamó ayudas de los moros sus aliados, y formado un buen ejército, rompió por las tierras de Castilla, y pasados los montes Doña, hizo mucho estrago por todas aquellas comarcas.

El rey D. Fernando, que no era lerdo ni descuidado, por el contrario, juntó su ejército, que era muy bueno, de soldados viejos, ejercitados en todas las guerras pasadas. Marchó con estas gentes la vuelta de su hermano, resuelto de hacelle todo aquel mal y daño á que el dolor y el odio le estimulaban. Diéronse vista los unos á los otros como cuatro leguas de la ciudad de Búrgos, cerca de un pueblo que se llama



por sus hermanos destrozado y menoscabado. El rey D. Fernando tomó para sí los pueblos y ciudades sobre que era el pleito, sin que nadie le fuese á la mano, ni se lo osase estorbar, que son: Briviesca, Montes Doça, y parte de la Rioja, que es la parte por do pasa el rio Oja, que da el nombre á la tierra; nace este rio de los montes en que está Santo Domingo de la Calzada, y junto á la villa de Haro entra el Ebro. La otra parte de la Rioja, Navarra y el ducado de Vizcaya, Nájara, Logroño y otros pueblos y ciudades quedaron en poder de D. Sancho, hijo de D. García. Por causa desta guerra y con esta ocasion cobró D. Ramiro á Aragon por las armas, y áun entró en esperanza de hacerse tambien señor de lo demas del reino de Navarra, que era de su hermano muerto; porque en este tiempo, como se ve por escrituras an-

tiguas, se llamaba rey de Aragon, de Sobrarbe, de Ribagorza y Pamplona. Demas que animado con estos principios, quitó á los moros que habian quedado en Ribagorza y su tierra, un pueblo llamado Benabarrio. Por conclusion, entre D. Ramiro y D. Sancho, el nuevo rey de Navarra, despues de algunos debates y refriegas se hicieron paces con tal condicion, que el uno al otro, para seguridad, se diesen ciertos castillos en rehenes. Ruesta y Pitilla dieron á D. Sancho; Sangüesa, Lerda, Ondusio dieron á D. Ramiro. Recelábanse los dos, tio y sobrino, que en tanto que en aquellas revueltas andaban, D. Fernando, cuyas armas eran temidas, no los maltratase con guerra; por esta causa se juntaron é hicieron pacto y concierto de tener los mismos por amigos y por enemigos, valerse el uno al otro y ayudarse en todas las ocurrencias.



### CAPÍTULO XXXV

Que España quedó libre del imperio de Alemania.

En el tiempo que España ardía en guerras civiles, tenía el imperio de Alemania, do los años pasados se trasladára de Francia, Enrique II deste nombre. La iglesia universal gobernaba el papa Leon IX. Á Leon sucedió Victor II, que con intento de reformar el estado eclesiástico, relajado por la licencia y anchura de los tiempos, juntó concilio en Florencia, ciudad y cabeza de la Toscana, el año de mil cincuenta y cinco. Despachó dende á Hildebrando (que de monje cluniacense era subdiácono cardenal, grado á que subió por su virtud, letras y talento para negocios) para que fuese á Francia y Alemania á tratar, por una parte con el emperador de renovar y poner en su punto la antigua disciplina eclesiástica; por otra para apaciguar en Turon de Francia las revueltas y alteraciones que causaban ciertas opiniones nuevas, que contra la fe enseñaba Berengario, diácono de aquella Iglesia. Añaden nuestras historias que en aquel concilio se hallaron embajadores de parte del emperador susodicho, y que en su nombre propusieron á los obispos ciertas querellas y demandas. En especial extrañaron que el rey D. Fernando de Castilla, contra lo establecido por las leyes y

guardado por la costumbre inmemorial, se tenía por exento del imperio de Alemania, y áun llegaba á tanto su liviandad y arrogancia, que se llamaba emperador.

«Yo (decía él) si no mirára el pro comun y bien de todos, fácilmente pasára por el agravió que á mi dignidad se hace; pero en este negocio es necesario poner los ojos en toda la cristiandad; cuán anchamente se extiende por todo el mundo, la cual ninguna seguridad puede tener, si todos no reconocen y respetan y se sujetan á una cabeza que los acualle y gobierne. La autoridad otrosí de los sumos pontífices, y su mando será muy flaco si les falta el brazo y asistencia de los emperadores, que por esta causa tienen el segundo lugar en mando y autoridad en toda la Iglesia cristiana. Reprimid, pues, esta arrogancia y soberbia en sus principios, y no permitais que el daño pase adelante, ni que éste mal ejemplo, por mi descuido y vuestra disimulacion, se extienda á las otras naciones y provincias; ca con el dulce y engañoso color de libertad fácilmente se dejarán engañar, y la sacra majestad del imperio y pontificado vendrán á ser una sombra vana y nombre sólo sin sustancia